

Padres, aviendo contraido la maligna fiebre que corria, del comercio con los caidos, llegaron á tocar las puertas de la muerte todos tres, gozosos de ofrecerse á Dios víctimas en las aras de su charidad."

"Los primeros que sintieron el azote divino fueron los niños: quienes, desde los fines del año sesenta y uno, comenzaron á ser invadidos de las viruelas, siendo poquíssimos los que salieron libres de su furor, y aunque este accidente por lo comun no trae especial peligro; empero la ruina que hizo en la Comarca fué mucha, assi por el descuydo, como por la pobreza de sus Vecinos, que ni alcanzaba modo de abrigar sus enfermos, ni tenian con que costear las medicinas necessarias para curarlos. No podré decir á punto fixo cuantos fueron los párvulos que passaron al Cielo de este contagio, pero puede colegirse de lo populoso que es la feligresía, compuesta por la mayor parte de miserable plebe. A este tiempo, cuando estaba mas embravecida esta epidemia, comenzaron á tener lastimosas noticias de mayores estragos en la Capital de México, y sus contornos por otro contagio, que los abrazaba, repetición de aquel que el año setecientos treinta y siete affigió á todo el Reino, y los Naturales en su Mexicano Idioma arbitrariamente llamaron *Matlazahual*. Los sintomas en que prorrumpía el accidente eran mysteriosos, por que eran hemorragias por los varios conductos del cuerpo: á que se seguía la crisis ó de muerte ó de vida: por que la efusion de sangre que para unos era el último esfuerzo de la naturaleza vencida, para otros era triumpho del interior enemigo, que arrojado fuera dexaba de insultar contra el cuerpo. Azorada esta ciudad con tan funestas voces, para desarmar á la Justicia del Cielo, que la amenazaba con semejante castigo, apeló con sus plegarias al Tribunal de las Misericordias. Hizo sus Novenarios, siendo el principal el de Ntra. Sra. de Guanajuato, en que los Padres de la Compañía predicaron elocuentes Sermones exhortativos á penitencia. Salió de su Gabinete esta Sagrada Imágen en devota procession por las calles, formada de numeroso pueblo, que esperaba por interposicion de la gran Señora su seguridad en la temida borrasca, que ya á toda prisa se iba acercando á Guanajuato."

"Entró por último á la Ciudad el contagio con tanta furia, que desde sus principios fueron tantos los enfermos, que para ministrarle el Santo Sacramento fué necesario dar extraordinarias providencias. Mui de mañana, assi en el Curato, como en el Co-

legio, ya esperaba multitud de hombres, que á gritos pedían Confesores para sus enfermos. Salian estos con treinta, ó al menos con veinte guias para varios parajes: á las que se agregaban otras, que en el intermedio camino ocurrían con la misma demanda. A todos satisfacía el zelo de los Padres, no volviendo á casa hasta la una del dia, y á la tarde hasta mui entrada la noche, por no dejar desconsolado alguno de los que avian llamado Padre, que los confessara. Para acudir mas prontamente á tantos llamamientos, el medio que se tomó fué que (executándolo treinta, ó cuarenta guias, que venían de los cerros y cañadas distantes) el Padre las remitía á la Iglesia de Ntra. Sra. extramuros de la Ciudad, para que allí le aguardassen: montaba á caballo, y para que de una vez lograsen los dolientes todos los auxilios de la Sta. Iglesia, llebando consigo la ampolla de Santo Oleo, sacaba del Santuario quarenta ó mas Formas. Y assi habiendo confesado al enfermo, le administraba tanto el Viático, como la Extrema Uncion: teniendo yo el consuelo de que á todos, Indios, Operarios de minas, y demas gente desvalida, se les socorriesse en tan peligroso estado con todos los Sacramentos. Todos los Padres de este colegio observaron el mismo método, teniendo para la menos incómoda asistencia de tantos enfermos, cinco caballos prevenidos: con los que se ganaba tiempo para el mas pronto expediente del ministerio. Ni era menor la necesidad corporal que padecían los enfermos sin tener en sus chozas abrigo, ni alimentos, ni medicinas. Su recurso era el Hospital de Betlhen: pero aviendose llenado su buque, no eran pocos los enfermos, que se quedaban sin lugar. Lo que considerado por los señores Capitulares, se hizo junta en las casas de su Ayuntamiento, á su citacion, de los Prelados Religiosos, Mineros ricos, y Personas principales, para arbitrar medios con que ocurrir á necesidad tan extrema, en que obliga baxo de culpa grave el precepto de la charidad. De este Cabildo salió, que se ampliase el Hospital de Betlhen, con dos capaces salones: lo que prontamente se executó: y que para las mugeres se solicitasse casa suficiente en que recogerlas. Decirlo, y hacerlo todo fué uno: y para la manutencion en un todo de ambos albergues, se ofreció la generosa piedad Guanajuatense á concurrir con semanarias limosnas el tiempo todo que durasse el aprieto, prometiendo cada uno el tanto que podia soportar su hacienda. La limosna que se hizo mas laudable fué la que por su parte propuso el P. Rector Coromina, y por la de su Colegio: ésta se reduxo

á decir, que todos los Padres estaban determinados á mantenerse con solo el puchero, que vulgarmente llaman olla, cediendo á los Hospitales el importe de un ante, y postre, que ministra la Religión á sus Alumnos diariamente en el Refitorio: que viene á ser la mitad de la comida: á que se añaden las frezadas, zaleas y otras limosnas que en abundancia repartian el P. Rector, y sus Súbditos por todas partes: obra verdaderamente de una eximia charidad, qual era quitarse el vocado de la voca para beneficiar al necesitado en su extremo peligro.”

1763.—1º de Febrero.

Salen cuarta vez los misioneros de Guanajuato, llevando consigo al Padre Miguel Ortiz, que había substituido pocos días antes al V. Pedro Borrote, y misionan en la hacienda de Burras, Irapuato, Paranguo, Valle de Santiago y Salamanca.

1763.—22 de Junio.

Este día, miércoles, á las once y tres cuartos de la noche, espira el V. siervo de Dios y Apóstol de Guanajuato el P. Rector Ignacio Rafael de Coromina.

Ya en lugar oportuno hemos dado una idea del nacimiento y de los primeros años de este hombre extraordinario; ahora conviene decir algo acerca de los eminentes servicios que prestó á Guanajuato, desde el 28 de Marzo de 1757, en que tomó posesión del rectorado del célebre colegio de esta ciudad.

Su llegada fué un verdadero acontecimiento: ricos y pobres, eclesiásticos y seculares lo recibieron con las mayores demostraciones de afecto, de regocijo y de respeto, y él correspondió consagrándose desde luego, sin omitir fatigas ni desvelos, á procurar empeñosamente el bien espiritual de toda la población.

Las plazas y las calles, los barrios y las montañas, eran el teatro de sus apostólicas tareas; dominaba el púlpito con su palabra tan enérgica como dulce y elocuente; no conocía el cansancio en el confesonario: visitaba á los moribundos aunque tuviera que recorrer de uno á otro extremo los ángulos de la extensa Ciudad: era, en fin, todo para todos, despreciando muchas veces su misma vida por acudir al servicio de sus hermanos.

He aquí como describe el Sr. Fernández de Suosa la distribución de su tiempo.

“Fué el carácter del P. Ignacio en todos los seis años, y meses de su rectorado, observar todas las cosas á lo natural; dicho muy barato en su voca: á lo natural. Y esta naturalidad, en su concepto, era una bien tupida distribución religiosa, que tenazmente seguía, no solo en lo particular de su Persona, sino en lo comun de su Colegio. De su persona, en el puntual ejercicio de la vida comun fué puntualissimo, dando por sentado con su exemplo, que el cumplimiento de las distribuciones domésticas, era lo mas perfecto. Su refeccion cotidiana era muy medida: y es casi su sueño, levantándose muy temprano; y muchas veces tocando él mismo la campana á despertar. Todo el tiempo de su madrugada lo daba á la oracion, y un cuarto de hora ordinariamente antes de la Missa primera gastaba en el Confessionario, despachando penitentes. En los días de concurso, adelantaba media hora este ejercicio, para satisfacer á la muchedumbre de Fieles que lo aguardaba para reconciliarse, y recibir la Sagrada Comunion en la primera Missa. Esta celebraba siempre el Padre Rector al toque de la campana, dexando cualquier concurso por obedecer á Dios, que por el sonido de ésta le hablaba. Llenaba en el altar la media hora, que prescribe la regla de los Sacerdotes, ofreciendo al Eterno Padre con toda devoción el incruento sacrificio de su Unigénito; despues del qual daba por espacio de otra media hora gracias, y aviendo tomado su ligero desayuno, volvía al palenque de la penitencia; en el qual gastaba largas horas. Restituíase despues á su aposento donde continuaba sus tareas revolviendo libros hasta la hora de comer. Asistía al Refitorio, y acabada la refeccion, despues de la honesta recreacion acostumbrada, se retiraba á su cámara otra vez, en la que empleaba el tiempo de la fiesta en rezar devotissimamente lo que le faltaba del Officio Divino, para poder á las dos de la tarde adelantar los Maytines, y Laudes del dia siguiente. Continuaba en su retiro todavia leyendo Santos Padres, y Sagrados Intérpretes de la Escriptura, hasta que era hora de rezar la Letanía de todos los Santos en Comunidad, según el uso de la Compañía. Seguíase la sena, y la quiete, á que nunca faltaba el P. Rector, aunque le ocurriese embarazo; por que para el Padre no lo havia en tiempo de distribución. Tomaba despues los puntos para la oracion del dia siguiente, hacia el exámen de conciencia por espacio de un cuarto de hora; concluyendo con otra hora de oracion, que terminaba á la semana, tres dias con una rigurosa disciplina.”

"Esta inviolable distribucion solamente dispensaba el P. Rector por el ministerio de las confesiones para enfermos, que eran muchas: sin que jamas se diera el caso de que dexára de asistir á la mesa, de celebrar la Missa primera, y omitir las distribuciones, en que pudiera ser reparable la falta de su Persona. Tambien la interrumpia por los motivos de la charidad, para responder á consultas, y negocios graves, que manejaba del público; siendo el P. Rector el árbitro de todos: y viniendo á su Tribunal pobres, y ricos, nobles, y plebeyos, á todos miraba el Padre con iguales ojos, empero, segun su natural propension, aviendo de sentenciar, favorecía las causas de los desamparados. Esta pintura que hé hecho en lo privado del P. Coromina era la que solicitaba, y hallaba en cada uno de sus Súbditos; pues su continuado y vivo exemplo era una exhortacion á cada uno en particular, y á todos en comun: con lo que tenia hecho su Colegio un florido vergel de virtudes y un claustro, que respiraba edificacion."

"A mas de esto, predicaba constantemente la palabra de Dios en la Iglesia Parroquial los domingos por la mañana, y en la tarde en la de S. Roque, donde fundó una escuela dominical: Estableció que otros religiosos lo hicieran igualmente en S. Juan (hoy S. Francisco,) Santuario de Guadalupe, Rayas, Cata, etc., habiendo tenido lugar en estas, algunos acontecimientos extraordinarios; erigió congregaciones de niños para facilitar su esmerada y cristiana educacion: fomentó las misiones de que hemos hablado ya mucho, y hablaremos aun, siendo él, por decirlo así, el alma que les daba vida: se consagró con la mas ardiente charidad á aliviar la situacion miserable de los encarcelados, y les daba frecuentemente tandas de ejercicios de que sacaba los mas ópimos frutos; asistía en fin á los sentenciados al último suplicio, con tal esmero que se encargaba de sus alimentos, los acompañaba con singular amor y constancia, los consolaba, los exhortaba á la conformidad, los instruía, y no era raro que los hiciera practicar los ejercicios espirituales por ocho días, á fin de disponerlos con la perfeccion posible para su tránsito á la eternidad."

En las diversas calamidades que hemos ya referido, y que sufrió Guanajuato durante su rectorado, parecen apenas creíbles los esfuerzos y trabajos que puso en práctica para aliviarlas, habiendo estado más de una vez á punto de sacrificar su vida por favorecer á los enfermos y afligidos.

En la ya descrita formidable inundación de 5 de Julio de 1760, refiere así los servicios del V. Coromina el autor de la "Carta Consolatoria."

"Rayando los crepúsculos de la Aurora se les volvió el corazon á su centro á los afligidos Religiosos Bethlemitas, con solo el acuerdo de enviar á decir al P. Ignacio Coromina, cómo se hallaban despues del acaecido trabajo de la inundacion, sumergidos en ella, casi arruinado su Convento, y en suma consternacion, por lo que le suplicaban, que usando de aquella charidad que era propria de sus paternas entrañas, quisiese venir con un compañero, el que juzgase mas idóneo, para ello, á socorrer su desamparo, abrirles senda con su consejo para su sociego, y consolar sus atribulados espíritus. Fué prontamente el mensaje al Colegio, pero tiempo antes que llegara al oído del Padre la lastimosa noticia que contenía, y casi al principio de tan pavorosa escena, encendió luz, se levantó de la cama, y se puso de rodillas en la mitad de su Aposento, á tener oracion. El Padre que vivía inmediato al Aposento Rectoral, despertó casualmente, y percibiendo un ruido vehemente, puso la atencion, y conoció que su Rector se estaba destrozando las carnes, con una tan cruel como prolongada disciplina. Fué así con efecto, que el P. Ignacio Coromina, con los afectos de su corazon y derramamientos de su sangre, estuvo implorando la Misericordia Divina para Guanajuato, que aquella noche era el objeto de el Divino enojo; y perseverando en la demanda hasta las tres de la mañana, las que dadas, tocó al Aposento de otro Padre, y entró diciéndole: *Bendito sea Dios para siempre en sus juicios! A la hora de esta Padre mio, muchos destrozos en vidas, y caudales, y quizá en almas, llora esta desconsoladissima Ciudad.* De allí pasó á celebrar el Sacrosanto Sacrificio de la Missa, hallando apenas un altar á propósito para decirla; porque los demás estaban notablemente mojados por las goteras que abrió el continuado golpe de las aguas, que despedían las nubes."

"Estando el P. Rector Coromina todavía en el altar, llegó al Colegio el recaudo del R. P. Prefecto de Bethlen y su Santa Comunidad: recibiólo un Padre, y acabada la Missa, se lo dió al P. Rector; Quien arrasados en lágrymas los ojos, y atravezado de pena su Corazon, luego al punto se desnudó las vestiduras Sagradas, y sin querer desayunarse, partió, mejor diré voló, llevado de las alas de su Charidad al Convento Bethlemítico, donde lo aguardaban sus afligidos Religiosos, y miserables enfermos.

No pudo llegar por el camino comun: por que se avia hecho un caudaloso rio. Tomó el de la Cuesta que llaman de Sartucho, y entró al Convento por la puerta del Campo Santo; donde encontró al P. Prefecto, y demás Padres, que estaban dando las providencias mas prontas para remediar del modo mejor, que se pudiesse la presente necesidad. Y como quando despues de una obscura tempestad, despejado de nubes el Cielo, muestra su rostro el Sol, y bañando el emispherio con sus rayos, alegra nuestros Corazones; *Reddit post nubila Phæbus*, assi despues de la pasada tormenta, recibieron estos Santos Religiosos al Sol de la charidad P. Ignacio Coromina: quien enjugándoles las lágrimas de sus ojos, con sus amorosas palabras, alegró los ánimos de los afligidos. No pudo el P. Rector entrar al Convento sin ir haciéndose camino por el agua, que le llegaba á la rodilla; y manteniéndose toda la mañana en este, la resulta fué, que penetrándole la humedad hasta los huesos, contraxesse pertinaces edemas en las piernas: los que mortificándole no poco, le acompañaron toda la vida, rebeldes á todo medicamento. Al punto, por medio de su Compañero, y otro Religioso, hizo que vinieran en persona el Señor Justicia Mayor, y el Escribano público, no solamente para que dieran fee, y testimonio jurídico de la casi total ruina del Convento: mas tambien para que providenciase su diligencia, estalage en que se alojassen los enfermos; cuyas vidas, aun mas que por sus accidentes, por el desabrigo, estaban en tan grave peligro, que aquella mañana murieron dos, y huvieren muerto más, si prontamente no los huvieran puesto en seguro el arbitrio del P. Rector Coromina, y la eficacia del Señor Alcalde Mayor; quienes determinaron, que se pusiesse la Enfermeria en la Iglesia que llaman de los Indios tarascos, en tretanto que no se proporcionaba mas cómodo alojamiento para miserables dolientes. Pensar, decir, y hacer fué todo uno, porque determinado el lugar, que avia de suplir por Enfermeria, por los vivos ayres se despejó la Iglesia de Altares, bancas, y mesas que la ocupaban; para introducir en ella vigas, tablo-nes, y esteras con que formar camas, teniéndose cuydado de la comodidad, y abrigo. Considere ahora el piadoso Lector, la fatiga, y afánes que costaria al P. Coromina hallar estos menajes, en tiempo tan corto y tan apretado: pues aún solicitándose con prevencion, seria difícil conseguirlos. Pero todo lo venció su amor: *Omnia vincit amor*, mas poderoso que el carnal, como que era proprio de la charidad que ardía en su pecho.

“Corrida esta diligencia, volvió el Padre al Convento, donde ya esperaba copia de sillas de manos, que envió con su compañero á solicitar de las casas principales: las que no tardaron en venir, hasta veinte, enviadas de sus dueños, que quisieron esta vez hacer alarde generoso de su piedad. Puestas todas estas en el patio de Bethlen, no ay lengua que acierte á explicar el amor y gusto con que el P. Coromina, á par de los demás Religiosos, se tiró á los pobres enfermos para meterlos en las sillas, y mudarlos á la Iglesia de los Tarascos. Levantándolos con sus manos, y cobixándolos bien con sus frezadas, qual otro Eneas á su anciano Padre Anchisis, les decia: *Ea hijos, cargaos sobre estos hombros sin temor de que me agobie la pesadez de vuestros cuerpos ni el trabajo me rinda.*

*Eia age chare Pater servici imponere nostræ.
Ipsæ subibo humeris, nec me labor iste gravabit.”*

“Tomándolos pues á cuestras, los sacaba de la Sala en que estaban mal acomodados, los baxaba por la escalera, y los colocaba en las sillas mui abrigados: ya tenía prevenidos para el transporte ocho forzudos Jayanes, que con toda ligereza passaron treinta enfermos á el nuevo hospital. A otros encomendó los colchones, y demás trastos que les pertenecian, y el P. Ignacio, hallando ocasión de exercer la humildad, conducía en su seguimiento los vasos inmundos, no dedignándose de emplear sus manos en carga tan asquerosa. Desempeñada su charidad con los enfermos, passó á beneficiar á los Religiosos que se hallaban cansados de tantas faenas, estropeados de la mala noche, y traspasados de frío, que en sus mojados hábitos guardaban. A todos los llevó consigo el P. Rector á su Colegio; en donde recibéndolos los demás Padres con los brazos abiertos, les desnudaron los hábitos, que estaban empapados en agua, y entre tanto que éstos se enjugaban, los abrigaron en sus lechos, les ministraron un baño en aguardiente, y vistieron de sus propias ropas. Entre tanto, el P. Rector, todo manos para las providencias que se iban ofreciendo, dió la vuelta al reciente hospital, y sacando de las viviendas inmediatas la gente que las ocupaba para que estuviessen menos indecentes, y pudiesen habitarlas los Religiosos, como sus enfermeros, conduxo Alarifes, cal, y arena para componerles quanto la precision permitía; y aviéndose despues pasado á estas piezas los Religiosos que se halla-

ron fuertes, para el cuydado de sus enfermos; los que por resulta de lo passado se sintieron quebrados de salud, dispuso el P. Rector, que se mantuviessen en el Colegio hasta tanto que perfectamente convalecidos, pudiessen volver á su ministerio. Lo que no consiguieron hasta los seis meses, y todo este tiempo vivieron como Jesuitas, barajándose con estos en el Refitorio, aunque en la comida se atendió á su necesidad ministrándoles con religiosa largueza, y charitativa urbanidad, los potajes, si no dignos de tan honrados huéspedes, á lo menos proporcionados á su indisposición. El P. Capellan fué despachado para que se rehiciera á la Hacienda de campo, que es finca del Convento, quedando el Colegio con el cargo de administrar los Santos Sacramentos á los enfermos, que los necesitaban, auxiliar á los moribundos, y enterrar á los muertos."

"Las tareas de aquella mañana fueron tupidas, y tan trabajosas, que duraron hasta el medio dia, dexando al P. Rector sumamente rendido: pero aunque en lo executivo cessó el cuydado, mas no en las providencias para lo successivo: porque éstas duraron largo tiempo. Proponiale el Padre su gran comprehension un dilatado Mapa de arbitrios para la estabilidad del Convento de Bethlen, y mayor gloria de Dios. Los que estaban en su mano, examinados con atenta especulacion, reducía á la práctica: y los que pendian de las agenas, solicitaba los medios con que se pusiessen en planta. Uno fué la mutacion del arruinado Convento á este sitio que suplía por Convento. Llámase por antíphrasis Hospital de Tarascos, siendo assí que jamas el Hospital dicho huviesse albergado otros enfermos que en los que las presentes circunstancias le introduxo la officiosa actividad del Padre Coromina. Su pensamiento era, que para precaver las invasiones, que con el tiempo amenazaban por la inmediacion del río, al Convento, permaneciendo en su antiguo terreno, se fundase de nuevo en este sitio, y al Hospital imaginado de los Tarascos, se substituyese el de los Padres Bethlemitas, en donde nunca está ociosa la charidad, teniendo en el espacioso distrito de Guanajuato para cebarse, copiosa materia. Para este proyecto dió el Padre muchos passos, escribió muchas cartas, y no estuvo de Dios que pasasse su idea á la execucion."

A la inundación siguió la peste de 1762, cuyos horrores hemos ya referido, copiando al Sr. Fernández de Sñosa; y allí hemos dicho algo de lo que el V. Coromina trabajó en favor de los desgraciados enfermos; pero para dar de ello más cabal idea, in-

sertaremos íntegro el artículo que con tal motivo escribe el biógrafo del apostólico varón.

"Si el año, dice, de setecientos y sesenta, con la inundación de Guanajuato, tuvo el P. Coromina mucha materia en que emplear su zelo, fué mucho más lo que trabajó el de sesenta y dos en que envió Dios una universal epidemia por todo el Reyno, espada que segó muchas vidas, llenando de cadáveres las casas, y desolando muchos Lugares."

"Mas el querer referir por menor, la prontitud, las fatigas y ansias con que el P. Rector Ignacio Coromina se aplicaba á estos trabajosos ministerios, sería un empeño tan imposible como contar las estrellas del firmamento. Solamente Dios, que en el libro de la vida los tiene escritos, podrá comprehender los passos que dió en su servicio este su fiel Siervo. Yo me contentaré con bosquejar tan heróicos trabajos, poniendo por testigos á los Barrios, Calles y Plazas de esta Ciudad, á los Cerros más lejanos, á las Cabañas más ocultas, á las Chozas más viles, á los Pobres más desamparados, á las sendas más escabrosas, edificados todos en sus correrías y admirados de su incansable zelo: pues cuando otros usaban de caballería para algún alivio de su taréa el P. Coromina, ligero como un Rayo, iba, y venia á pié por todos los Lugares que le demarcó su Apostolado, imprimiendo hermosas huellas en el suelo que pisaba su planta, regando con el sudor de su rostro los peñascos que vencía su fervor, y llevando de suspiros aquellos páramos: cuyos ecos vuelven todavía sus quebradas. No avia para este Apostólico Varón estorbo que le retardara sus empresas, ni el Sol, ni el viento, ni el agua, ni el cansancio, ni la precisa necesidad de alimentar el cuerpo. Salía de su Colegio á todas horas, á la de comer, á la de reposar, á la de dormir, en el mayor bochorno del día, en lo más destemplado del tiempo, y en la fuerza de las lluvias, abandonando su salud, y su vida por atender á la eterna de sus Próximos. Como el Padre no era de mármol, y los trabaxos de su empleo eran excessivos, por último llegó á indisponerse su nativo temperamento, y por consiguiente á inficionarse la sangre con los efluvios que despedían de sus cuerpos los contagiados, y anhélito que exhalaban sus bocas: los que como recibía inmediatamente el Padre Coromina, fácilmente contraxo el mal común, con tanto rigor, que hubo de rendirse al lecho, sin esperanza cierta de su convalescencia. Pero con el favor divino se levantó, y sin querer escarmentar de su peligro, volvió con más valentia á la pe-

lea de sus ministerios. Volvió, si, pero segunda vez mal herido de la misma epidemia á la cama: la conturbacion de los Padres fué imponderable por temer con mucho fundamento que la recaída fuese irremediable, empero, al Padre Rector solamente afligia la imposibilidad de ayudar á sus hermanos, en tiempo que el contagio embravecido iba haciendo cada dia mayores estragos, y los Próximos necesitaban mas auxilios. Dióse el Señor por bien servido de la resignacion, y deseos de rendir el último aliento en la Campaña, como buen Soldado que vió en su fiel operario, y como que le dixera: *Surge et ambula*: mas por voluntad Divina, que por energia de los medicamentos que se le aplicaron, recuperó el P. Coromina la salud, vuelto de muerte á vida."

"En todo el tiempo de su decúbito fué un exemplar de paciencia, recibiendo aquel golpe como venido de la mano del Señor, y disponiéndose fervoroso para la partida con el ejercicio de las virtudes. Pedía quedarse sólo para hablar con su Dios, arrojando al Cielo ardientes Jaculatorias del Corazón, repitiendo emistichios de la Escritura, y afinando en ellos sus afectos. Quién es, Señor, el hombre (decia) para que de él te acuerdes? *Quid est homo quod memor es ejus?* Sepan las gentes que son hombres: *Sciant gentes, quoniam homines sunt*: y otros muchos, que sería largo referir. A los que venían á visitarlo de fuera, daba santos consejos, oportunos desengaños y lecciones para su bien espiritual, de suerte, que mas parecia fervoroso predicador puesto en un Púlpito, que lastimero doliente postrado en una cama. Este ejercicio mismo continuaba en sus delirios, que eran intermitentes: y en uno de sus intersticios pidió para su mayor consuelo, que se traxese al Aposento un chorro de bien concertada música con todos los instrumentos conducentes á su mayor armonía. Luego á la tarde los que componen la Capilla de la Parrochial, por el afecto que tenían al Padre, vinieron á su llamado. Hizo figurar en una mesa, que allí estaba prevenida, una tumba con un Santo Crucifixo en su medio, y suplicó á los cantores le entonassen el nocturno acostumbrado en los funerales: estos, por dar gusto al enfermo, cantaron con toda solemnidad el oficio de difuntos, que oía el P. Coromina bañado en lágrimas, el que concluido, cantó el responso en su propia persona, con admiracion de los asistentes á tan inusitada y tierna funcion."

"Al fin fué la voluntad del Señor, que sanara el Padre, quien

á pocos dias, aun no bien convalecido, comenzó á decir Misa, confesar dentro de la casa, y salir fuera á sus interrumpidas excursiones. Prosiguió todavia la epidemia por algunos meses, y el P. Coromina no cediendo al trabajo, sin afloxar en su distribucion religiosa, era el primero que acudia al socorro de los enfermos, como lo practicaba antes de su caída."

Era nuestro héroe distinguido teólogo, filósofo y canonista, graduado en las tres facultades en la célebre universidad de Cervera en el Reino de Aragón, á cuyas ciencias añadió exquisita erudición profana en humanidades, latinidad, poesia y retórica: había hecho tan profundos estudios de los comentarios de la Sagrada Escritura del célebre sabio Cornelio A. Lápide, que los sabía poco menos que de memoria, así como también otros autores teológicos y canónicos: las matemáticas, la geografía y la cosmografía le eran familiares, y para la arquitectura manifestó las más brillantes dotes, diseñando, dirigiendo y llevando hasta su término una casa de ejercicios en la Ciudad de Vique, que constituye uno de sus mejores ornatos, y fabricando en esta de Guanajuato, según dice Fernández de Suosa, "Colegio y vivienda para los Misioneros, en que lució la viveza de su fantasia, y primores de su arte, hallando modo de dilatar el plano en que se avia de assentar la obra, empressa verdaderamente árdua, por que el sitio que avia era estrecho, y estorbaban su extension las peñas del fragoso cerro, que lo repechaban. Empero el P. Coromina como ingeniero, que fuera de profession, facilitó con sus arbitrios el desmonte para la planta de un capax Atrio: en que montearon Porteria, Escuela, Classes de estudios, Escuela de leer, y escribir; y demas oficinas, que deben situarse en los baxos. Y en los altos, tránsitos y Aposentos, que casi los excluyó, sacando de cimientos tantas piezas, y levantándolas con tanta brevedad, y primor, que jamás se juzgó possible. Las segundas quedaron incompletas, pero assi mismo en tal disposicion, que los sucesores se vean obligados á proseguirlas según el Mapa, que dexó el P. Coromina del Colegio, en el cual puso la distribucion de toda la fábrica, y las medidas de cada tracto para la comodidad, desahogo, y hermosura del edificio: que, acabado, será la maravilla del Reino: en que se admirará un glorioso desempeño de la arquitectura, con los tamaños, proporciones y correspondencias, que ella pide para llenar con su vista el buen gusto de todo sugeto curioso, capaz, y justo estimador de las cosas. Lo que nunca podrá medirse con la admira-

ción es el ingenio, el trabajo, la industria con que, venciendo la fragosidad de un inaccesible cerro, se consiguió tanta obra," sin olvidar el P. Coromina cuando la trazó, que había de hacer planta unida al magnífico templo allí comenzado, y que la suntuosidad de la una debía corresponder con la grandeza del otro.

Pero pasemos ya á dar á conocer en particular algunas de las heroicas virtudes del Apóstol de Guanajuato, siguiendo para esto el método que hasta aquí, de transcribir integros algunos párrafos del autor de la "Carta consolatoria." "Era, dice, muy noticioso y leído en las sectas de Lutero, Calvino, Jansenio, y otros famosos Heresiarcas: y de todos sus errores sacaba el Padre Ignacio luces, y apoyos con que exaltar, promover, y hablar siempre que se le ofrecia, con grandísimo decoro de nuestros Catholicos Dogmas. Esta fée misma tan encumbrada hacia que su zelo, tanto, y tan claramente expusiera sus Artículos en los Púlpitos, y que en sus caminatas á quantos rústicos encontraba, hiciera preguntas para que entendieran los Misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion del Verbo Divino, de nuestra Redencion, y los demás: los que les explicaba con tanta claridad, que parece tenía especial Don del Cielo, y correspondiente gracia para este Ministerio. De esta divina luz le provenía al P. Coromina aquella solidísima, y ardiente devocion para con el Soberano y Santísimo Sacramento de la Eucharistia, celebrando cada dia con devoto respeto el Incruento Sacrificio del Altar, y saliendo de aquella Mesa con hambre de aquel Divino Manjar, que en los corazones humildes, y puros, como el del P. Ignacio, nunca causa fastidio: antes sí excita los deseos de gustarlo. Disponiase para este convite celestial el P. Coromina con una hora de fervorosa oracion: gastaba en la Misa siempre media hora completa: y perseveraba despues por un quarto en accion de gracias por el incomparable beneficio de haversele comunicado su Redemptor: al que considerando en su pecho, sentia una espiritual dulzura en el alma que le duraba todo el dia, junta con un temor reverencial, que le ponía á los ojos la santidad del Sacramento, y su propria indignidad. Tenia presente á Oza, que por que llegó con la mano al arca del Testamento, luego al punto le quitó Dios la vida: y á los Bethsamitas, que porque la miraron solamente, quedaron muertos: con estos exemplos intimidado, procuraba la mayor pureza de su alma para llegar al Altar no ya para veer, y tocar la representacion, sino para unirse íntimamente con la realidad del Sacramentado. Al que entre dia visi-

taba frecuentemente en su Sagrario, y el Jueves Santo acompañaba en el Monumento, con la consideracion de la fineza de haberse querido quedar con los hombres, para darles en especies de pan su Divino Cuerpo. A este fin de agradecer tanta dignacion, se retiraba á un lugar apartado, gastando la tarde en leer las Meditaciones, que sobre este tiernísimo Mysterio escribió el V. P. Luis de la Puente: y obrando con mas actividad su Fée en el entendimiento, excitaba en la voluntad un amor, que le salía al rostro, á las palabras, y á las obras, como indicantes de un hombre endiosado, y que tenia su trato en el Cielo."

"La estatua perfectísima de la Charidad christiana, y de amor Divino se dexaba vei prolixamente esculpida con sus mismas facciones en el Corazon del P. Rector Ignacio Coromina, con el cincel de su fervoroso espíritu. Esta Charidad, este amor que consiste en el lucido ropaje de esta estatua, se dexa bien conocer en una entera conformidad con los Divinos preceptos; de ésta se vistió el P. Ignacio tanto, y en tanto grado, que, según testimonio que dieron sus Confesores, jamás, en toda su vida, manchó su alma con culpa grave. Siendo Secretario, enfermó de una maligna fiebre, en que se le administraron los Santos Sacramentos, y así me lo aseguró en la carta siguiente el Padre que entonces lo dispuso."

"Sr. Cura D. Juan de Dios,

Sabiendo la honra con que Vmd. se sirve de exaltar las venerables cenizas del P. Rector Ignacio Coromina, debo decir á Vmd. y administrarle esta noticia, para que acabe de llenar todo su concepto el Público, que confessándole yo generalmente, antes de recibir el Sagrado Viático, no le hallé culpa mortal, ni pecado grave por toda su vida; con que se fué á la presencia de Dios con la gracia primera recibida en el Baptismo. Celebro goze Vmd. de salud y pido á Dios me lo guarde muchos años," etc.

"Otro Padre con quien hizo otra confession como dos meses antes de su muerte, del tiempo que avia estado en Indias, assevera que no gastó el Padre en hacerla mas que el que bastara para una ligera reconciliacion, sin haver hallado en su conciencia mas que escrupulosas menudencias, dichas en pocas palabras. Assertos uno, y otro admirables, dignos al tanto de estimarse, haciéndose creibles cuando el mundo todo vió obrar al P. Coromina como quien conocia que lo miraba Dios, los Angeles y los

hombres. Esta misma Charidad para con su Dios, entendida por la exactísima observancia de su Santa Ley, le hacía vomitar fuego, hablar rayos, y respirar truenos contra el monstruo sin segundo, único y solo mal del alma, el pecado que la mata, y ofende la Bondad de nuestro Dios. Cuya Santa ley guardaba, y tenía puesta en medio de su Corazon, como muro que defendiese el thesoro de la gracia, adquirido en el decurso de sus juveniles años, para cuya mayor seguridad le añadió un antemural, siguiendo á Christo en su Compañía, y observando en ella sus santas Reglas, hasta los ápices en que se contiene lo mas perfecto de la santidad. Para esto le ayudaba mucho la inteligencia, y comprehension, que llegó á conseguir del nunca bastantemente alabado Instituto de la Sagrada Compañía de Jesus, que tenía en dos Volúmenes, parto de la gran Cabeza de un Ignacio, dedo poderoso de Dios. Ni se extrañará, que el P. Coromina, ya religioso, levantasse tanto el vuelo en seguimiento de la perfección quando desde su niñez, en edad capaz, y suficiente se sacrificó á su Divino Dueño con el árduo, y especialissimo voto de no cometer pecado venial, que ofendiese á la veracidad propria del Christiano; porque aborreciendo á la culpa, que no es mas que un engaño, juzgó que debía armarse contra toda mentira, prometiendo á Dios no mentir jamás deliberadamente, ni en materia leve. La obligacion que se impuso no puede negarse que fué árdua, especialmente en la menor edad, que á cada passo ofrece ocasiones de esconder la verdad ó negándola, ó revistiéndola en otro trage. Fué el P. Ignacio desde que hizo su voto, tan observante de su execucion, que en las conversaciones familiares, nunca usaba de superlativos, hypérboles, y encarecimientos; conformando siempre lo que profería la lengua con lo que concebía su entendimiento, de tal modo, que no padeciera ofension alguna, la antigua é inseparable compañera de su Corazon, qual era la verdad. Por este ápice podrá colegirse quan nimio era el P. Coromina en la observancia de los Preceptos Divinos, y del reflexo que cita David quando dice hablando con Dios: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*: Que el Señor mandó que sus mandatos con nimiedad se guardaran. Temía á Dios este su Siervo con aquel temor que nace del amor, y ambos efectos lo iluminaban para veer y solicitar el bien de los Próximos y lo encendían en fuego tan activo, que su desahogo eran los ministerios, los espirituales ejercicios, los deseos de padecer por Christo la misma muerte, y mientras ésta no llegaba, passar injurias, afren-

tas, falsos testimonios, y ser tenido por demente, no dando para ello ocasion alguna: por imitar á su Capitán Jesus, que señaló este camino con sus huellas, y si este temor noble, si este amor temeroso dominaba en su Corazon, ya se entiende, siendo niño en sus deseos, observó con toda nimiedad la Ley Divina, en que consiste la verdadera Charidad, que hace al Justo en la tierra bienaventurado; *Beatus Vir qui timet Dominum, in mandatis ejus cupit nimis.*"

"Cumplió los votos anexos á su profesión religiosa, de tal manera que verdaderamente asombra. Practicó la santa pobreza tan escrupulosamente, que la muerte le cogió "en una vilísima cama, con una frezada tosca, y los trastos precisos para la vida religiosa, en tanto grado, que, siendo yo ocular testigo, apenas hubo con que contentar á los devotos, que solicitaban ansiosos, luego que el Padre expiró, alguna alhajita suya para el debido recuerdo á sus beneficios, ó para tenerla como reliquia de un hombre Santo, que suponian gozando ya de Dios en la patria."

La santa pureza, así del alma como del cuerpo, la exerció con su recato, con su retiro, con su oración, "con su austeridad, y con sus temores." Edificaba el P. Coromina á quantos le trataban, con una modesta circunspeccion, que le quitaba á sus ojos la libertad de veer objetos, cuyas especies impressas en la phantasia le perjudicaran, exitando impurezas. Por esso no tenía visitas, mas que las que le pedia la Charidad para beneficiar á los Próximos ó la gratitud á los Benefactores, y afectos á la Compañía, por razon de su oficio: pues siendo particular nunca salia de casa, sino por obediencia. Era amante de su Aposento, donde no dando tiempo alguno á la ociosidad, todo lo empleaba en estudiar, leer, escribir así sus Sermones, como respuestas á las consultas, que se le hacian: con lo que cerraba todo resquicio á las tentaciones con que el comun enemigo pudiera excitar las concupiscencias, que militan en nuestros miembros, observando el adagio mystico: *Semper te inveniat Diabolus occupatum*. Y por que todas estas diligencias tendrian poco efecto si no las auxiliara la gracia Divina, recurria el P. Coromina frecuentemente á Dios pidiéndole esta gracia. Porque aunque para toda obra buena es necessaria, mucho más para vencer un enemigo doméstico, que insulta en las passiones, cuyos humos bastan para empañar el cristal delicado de la pureza, y sus chispas sobran para rebentarlo. En esta lid se exerció el P. Coromina, saliendo siempre ileso de las llamas, pudiendo de-